

El libro mágico

Ane y Paula son dos hermanas mellizas de 12 años. Pero nadie diría que son hermanas, Paula es una niña muy alta y deportista. Siempre lleva el pelo recogido en una coleta para poder correr mejor y saltar sin que su larga melena le moleste.

Ane es una niña completamente diferente que su hermana, lleva gafas y su pasión son los puzzles y los acertijos. Es un hacha resolviendo problemas y le encanta leer novelas de misterio.

Ane y Paula viven en Barcelona, pero ellas no son de esa ciudad. Fueron a vivir hace poco tiempo porque sus padres decidieron que tenían que vivir con su abuela Claudia, porque estaba ya un poco mayor y necesitaba cuidados y compañía.

A Ane y Paula no les hizo mucha gracia tener que dejar a sus amigos, pero como querían mucho a su abuela, tampoco les importó mucho. "hay que cuidar de nuestros mayores y la familia es lo más importante" les decían siempre sus padres.

Cuando empezaron en el nuevo colegio a Paula no le costó mucho hacer nuevos amigos, pero Ane, que era una niña muy tímida, no lo conseguía.

Un día, la Abuela Claudia vio que Ane estaba muy triste y le llamó para que se acercara.

Tengo una cosa para ti – le dijo en voz baja- es un libro que tengo desde pequeña y siempre ha estado conmigo. Cuando era pequeña también me costaba hacer amigos, pero en este libro encontré un mundo mágico y los personajes fueron mis amigos hasta que me hice mayor.

Pero ten mucho cuidado Ane – continuó la abuela hablando casi en un susurro – este libro es más que un libro, es un libro mágico. Si no lo cuidas bien puedes tener un problema muy gordo.

Ane le prometió a su abuela que iba a cuidar muy bien el libro, pero no se creyó la parte de que era un libro mágico. "La abuela me dice esto para que tenga miedo y no lo rompa ni lo estropee, pero es normal, es un libro que lo tiene desde hace mucho tiempo y le tendrá cariño" pensó con lógica y también con un poco de miedo por las palabras de su abuela. Tenía miedo de estropearlo y que su abuela se enfadara con ella.

Una tarde Paula salía con sus nuevos amigos del colegio, su madre le dijo: "¿Por qué no llevas a tu hermana?" a lo que Paula le respondió:

"Es una sosa. No es nada divertida. Mis nuevos amigos quieren ir al parque con los skates y a jugar al baloncesto. Ella siempre se queda en una esquina mirándonos y no participa en nada, paso".

Ane quería muchísimo a su hermana, pero esas palabras le dolían cada vez que las decía:

"La familia es lo más importante"- cuchicheaba Ane susurrando – "ya veo lo que le importo a mi hermana".

Así que Ane, una vez más, se quedaba en casa aburrida. Cuando estaba en su habitación de repente se acordó del libro que le dio su abuela.

“Voy a leerlo, a ver que tal está” pensó cogiéndolo sin muchas ganas, pero con intriga a la vez.

Tomó el viejo libro y lo hojeó. Las páginas estaban amarillas por el tiempo, algunas un poco rotas en los bordes. La portada del título estaba muy estropeada, pero se leía bien el nombre del libro: EL CABALLERO MALDITO.

“Bueno, no tiene mala pinta, espero que haya algo de misterio y de acción”

Cuando comenzó a leer el libro, en la calle comenzó una gran tormenta. “Menuda caladura que se va a agarrar Paula” pensó, “pero que se aguante, eso le pasa por no querer llevarme”. Y continuó leyendo.

El libro trataba sobre un caballero de la Edad Media llamado Caspian que estaba enamorado de una princesa llamada Enola “menudo rollo de libro que me ha dado la abuela, esto es de amor y a mí me gustan de misterio”, pero aun así siguió leyendo.

La princesa tenía una hermana que era bruja llamada Alicia y que estaba enamorada del caballero en secreto, no podía soportar la idea de que su hermana y su amado se fueran a casar, aunque ellos se quisieran muchísimo.

El día previo a la boda, sería el día en que Alicia actuaría. Loca de la envidia y de celos, le tendió un vaso a cada uno de los futuros novios, pero lo que ellos no sabían, es que Alicia había vertido una pócima que cuando hiciera efecto, ambos dejarían de quererse, es más, se odiarían a muerte.

Cuando Caspian hizo un brindis, y ambos bebieron de sus copas. Un silencio llenó toda la sala. Enola y Caspian comenzaron a discutir a gritos. Se decían auténticas barbaridades:

¿Qué hago yo al lado de un mequetrefe como tú? -Decía Enola, chillando y señalando a Caspian- Yo podría casarme con un rey y no con un simple caballero.

¿Mequetrefe? – comenzó a gritar Caspian – tú, que eres una niña consentida y qué no sabes cómo es la vida. No has salido nunca de tú palacio, ¿me llamas a mí mequetrefe?

Esto se está poniendo interesante - pensó Ane – quizás este libro no va a estar tan mal.

De repente la puerta de la casa se abrió. Llegaba Paula muy enfadada de la calle:

Ni cinco minutos he podido estar con mis amigos- dijo gritando por el pasillo- que asco de tiempo hace aquí.

Paula se dirigió hacia Ane que se había quedado mirándola fijamente con cara de asombro:

¿Y tú que miras? ¿Te alegras de que no haya podido divertirme con mis amigos? – le dijo cada vez más enfadada.

A mí me da igual lo que te pase, tú no me has querido llevar con tus amigos, lo que te pase con ellos es problema tuyo, déjame en paz que yo estoy aquí leyendo un libro sin meterme con nadie. – dijo Ane en tono tranquilo.

A Paula esta tranquilidad de su hermana le ponía aún más enfurecida...

¿Libro? ¿Qué libro estás leyendo? – le dijo Paula todavía más enfadada.

Ane le enseña la portada a Paula y le dice:

El caballero maldito, es un libro que me ha dejado la abuela, me ha dicho que tenga mucho cuidado con él, porque es muy especial y lo tiene desde pequeña.

Venga -- le dice Paula- dámelo que ahora lo quiero leer yo, seguro que la abuela también me lo deja. Paula cogió un extremo del libro y lo atrajo hacia ella. Dámelo -- repitió Paula ya con un tono más enfadado.

Ane también tiró del otro extremo del libro. ¡No! -- le dijo Ane. ¡La abuela me lo ha dejado a mí! Y siguió tirando del libro.

De repente se escuchó un crujido. Ambas hermanas se cayeron de espaldas a la vez. Cuando miraron sus manos, cada una tenía un trozo del libro.

¡Mira lo que has hecho, Paula! -- gritó Ane asustada y enfurecida.

¿yo? Si has sido tú la que lo ha roto -- Contestó Paula también asustada. -- ¡La abuela nos va a matar!

De repente se hizo el silencio en la habitación. No se oía la lluvia de la calle, ni el televisor que estaban viendo sus padres. Tampoco se oía la radio que estaba escuchando la abuela en su habitación.

Una luz cegadora apareció en medio de la habitación, a través de la luz se podía ver un hermoso paisaje. Verdes colinas y ríos azules y muchos animales corriendo libres por las llanuras. Ane y Paula se acercaron a la luz y algo tiró de ellas hacia dentro del paisaje.

El sol les deslumbraba y el viento les movía el pelo. Había muchas montañas y al fondo del valle había un gran castillo.

De repente la luz se cerró detrás de ellas. ¡No había manera de volver a su casa!

La hemos liado Ane -- dijo Paula mirando a su alrededor -- ¿Dónde estamos? ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a volver a casa? -- dijo asustada y preocupada al mismo tiempo.

Tranquila Paula -- le dijo Ane sacando su lado más detectivesco -- hay que averiguar dónde estamos y cómo podemos volver, eso para empezar. Vamos a ese castillo a ver si alguien nos puede ayudar.

Se dirigieron hacia el castillo siguiendo un camino de tierra que hallaron cerca de donde estaban. Era ya de noche cuando llegaron y tenían hambre y sueño.

Encontraron un pequeño granero cerca de la entrada del castillo. Decidieron pasar allí la noche e intentar ir al castillo por la mañana. Paula sacó de la mochila que llevaba, un bocadillo que su madre le había preparado para merendar. Lo compartió con su hermana y se pusieron a dormir.

¿Crees que papá, mamá y la abuela estarán preocupados? -- Preguntó Paula casi dormida.

Seguro que nos están buscando, no te preocupes -- le contestó Ane bostezando. Pero lo que Paula no sabía es que Ane también estaba muy preocupada.

A la mañana siguiente se despertaron pronto para ir al castillo, recogieron todas sus cosas y comenzaron a caminar.

De camino al castillo empezaron a hablar de qué pasaría si la abuela se enterara de que se habían peleado y el libro estaba roto. ¡se enfadaría mucho! -dijo Paula con voz preocupante.

Tienes toda la razón- dijo Ane con voz tímida, si no nos hubiéramos peleado no estuviéramos en este sitio tan raro.

Las dos hermanas se abrazaron y se prometieron la una a la otra que esto lo iban a hacer juntas.

Cuando llegaron al castillo se dirigieron a la entrada, pero los guardias no las dejaban entrar, ellas les explicaron todo lo que había pasado, pero pensaron que estaban mal de la cabeza.

Nunca conseguiremos encontrar la forma de volver a casa -dijo Ane llorando.

No puedo prometer nada, pero seguro que sí podremos volver-respondió Paula.

Cuando se volvió a hacer de noche, Ane quiso dar una vuelta alrededor del castillo. En una esquina, vio una pequeña puerta que daba a la cocina. Estaba abierta, así que decidieron entrar para poder coger algo de comida.

Cuando estaban a punto de alcanzar un trozo de pan, un soldado las sorprendió:

¿Qué hacéis aquí, ladronas? – les preguntó el soldado- hoy dormiréis en los calabozos y mañana vais a dar explicaciones.

Las metieron en una celda oscura y húmeda, Paula se abrazaba a su hermana con fuerza. Mientras la consolaba, Ane pensó que tenía que decir al día siguiente para que no las tuvieran más tiempo en esa celda.

Contaré la verdad -pensó- aunque nos tomen por locas, como los guardias.

Al día siguiente, los guardias las despertaron. Las condujeron por un montón de pasillos hasta llegar a una sala enorme. Era la sala del trono. Había grandes ventanales que dejaban pasar muchísima luz. En el trono estaba sentada una muchacha. Su pelo era largo y rubio. Su cara era muy bonita y les sonrió cuando las vio. Pero Ane se dio cuenta de una cosa, sus ojos. Eran verdes con toques azules, muy bonitos. Pero tenían una cosa... tristeza.

Soy la princesa Enola. Mi padre el Rey está conquistando nuevas tierras muy lejos, así que yo me ocupo de las cuestiones del reino – les dijo la princesa sin perder la sonrisa – soldado, ¿de qué se le acusa a estas dos niñas?

De robo, Alteza -contestó el soldado- entraron en las cocinas e intentaban robar un trozo de pan.

¿Un trozo de pan? – dijo la princesa - ¿os arriesgáis a una condena en los calabozos por un trozo de pan? ¿Tanta hambre tenáis?

Paula abrió la boca para contestar, pero Ane la dio un codazo para que se callara.

Verá Alteza – comenzó a explicar Ane- no somos de esta tierra, nos hemos perdido y no tenemos ni dinero ni nada para poder comer. No nos quedaba más remedio si no queríamos morir de hambre. Queremos buscar la manera de volver a casa, nuestros padres estarán muy preocupados. Nos quieren mucho.

Os quieren mucho- dijo Enola en un susurro de voz- alguien también me quería mucho.

Ane se dio cuenta en ese momento. La princesa Enola, alguien la quería mucho, pero ya no... ¡Dios mío, estamos dentro del cuento!

Ane se puso blanca del susto, casi se cae al suelo si no llega a ser por Paula que le agarró del brazo.

¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? – le preguntó Paula preocupada- estás blanca como el papel.

Tranquila, luego te explico lo que está pasando -le contestó Ane.

Enola seguía cuchicheando cosas en susurros cuando apareció otra muchacha. Esta tenía el pelo largo y moreno. Se parecía mucho a Enola, su cara, sus ojos. Pero en sus ojos también había tristeza. Diferente, pero era también tristeza.

¿Quiénes son estas dos mocosas, hermana? – preguntó la chica- ¿Qué delito han cometido?

Enola volvió a su ser, casi como si hubiera despertado de un sueño.

Son dos chicas que querían un poco de pan, nada más, hermana.

Así que esta debe ser Alicia – pensó Ane- la que le echó a Enola la maldición y ahuyentó al caballero de su lado, ¡esto definitivamente es el cuento!

Pues mándalas a la cocina y que trabajen allí hasta que paguen por la comida que han robado.

¡Nosotras no hemos robado nada! – chilló Paula- No nos dio tiempo, nos atraparon antes de poder dar un solo bocado.

Enola se reía de la respuesta tan enérgica de Paula, pero a Alicia no le hizo tanta gracia que se les hablara de esa manera.

Soldados, llévenlas a la cocina, que las den de comer y que frieguen los paltos hasta que paguen por la comida que se querían llevar y por la que coman- ordenó Enola.

Muchas gracias Alteza- contestaron las dos niñas a la vez- estamos muy agradecidas.

Tenéis suerte de que yo no dirija el reino en ausencia de mi padre, sino las cosas hubieran sido muy diferentes para vosotras- les dijo Alicia.

Cuando se dieron la vuelta para ir hacia las cocinas, Paula le preguntó a Ane que qué era lo que estaba ocurriendo.

En el camino, Ane le contó todo a su hermana, que la miraba con los ojos tan abiertos que casi se le salen de la cara.

Me estas vacilando – le dijo Paula- esto no puede ser verdad. Seguro que nos estábamos peleando en la habitación y nos hemos caído y nos hemos dado un golpe en la cabeza y esto lo estamos soñando.

Ane le da un pellizco a Paula, la cual salta del dolor.

¿Crees que esto también es de mentira? -le preguntó Ane- piensa con lógica.

Cuando llegaron a las cocinas, aquello era una locura. Un chef dando gritos a todo el mundo, las cocineras corriendo de un lado al otro, los ayudantes trayendo pescado, carnes y muchos más ingredientes.

Había mucha comida preparada, carnes guisadas, sopas y un montón de postres encima de una mesa. A Paula y Ane se les hacía la boca agua de ver tanta comida

Vamos, vamos-gritaba el chef- llega la hora de la comida y casi no tenemos nada preparado.

Pues sí esto es no tener nada preparado...-dijo Paula en voz alta.

El chef se dio la vuelta y miró a las dos niñas con cara enfurecida.

¿Quiénes sois vosotras y qué hacéis en mi cocina? - gritó con la cara toda colorada de la rabia.

Paula se empezó a reír por la cara del cocinero, cosa que le hizo enfurecer más si cabe.

Te traigo estas dos ayudantes para que les des de comer y que luego laven los platos por orden de la princesa- le dijo el soldado.

Ayudantes dice- decía el chef mientras las miraba de arriba abajo- otro estorbo más en la cocina.

Paula abrió la boca para protestar, pero Ane le volvió a dar un codazo para que se callara.

Vale ya, te estás pasando- protestó Paula acariciándose el brazo- ya van dos hoy.

A ver, ¿Que sabéis hacer en la cocina? – preguntó el chef cada vez más nervioso- algo tenéis que hacer.

Sabemos pelar patatas, señor- le dijo Paula-nuestros padres nos enseñaron.

Muy bien, pues ahí tenéis-dijo el chef señalando una montaña enorme de patatas- así que arreando. Las quiero todas peladas para esta noche.

Ane y Paula se pusieron a pelar patatas, parecía que la montaña no bajaba de nivel.

Ane, que siempre era muy observadora, empezó a fijarse en las cocineras. Había dos que eran más jóvenes que el resto y estaban hablando mientras les quitaban las plumas a unas gallinas.

No sé para qué hacemos tanta comida, si las princesas casi no comen- decía una.

Es verdad, desde que el caballero y ella ya no están juntos ya no es la misma persona, está triste siempre. ¿Qué ocurrió entre ellos para que no se volvieran a hablar justo el día antes de su boda? – preguntó la otra.

Me dijeron que la hermana estaba celosa de su amor, que ella también amaba al caballero y que no quería que se casaran. Que la echó una maldición en forma de pócima en el vino de la cena y que por esa razón ya no se quieren. – le explicó la primera en voz baja.

Pues que mala la princesa Alicia, ¿no? – comentó una tercera que se unió a la conversación.

Pues si- dijo una de ellas- pero me han dicho que está muy arrepentida de lo que ha hecho y que quisiera arreglarlo, pero no puede porque tiene miedo. Solo puede deshacer el hechizo si ella admite a su hermana y al caballero lo que ha hecho. Si ellos la perdonan, el hechizo se romperá.

Yo no la perdonaría jamás – dijo una de ellas- es muy feo lo que ha hecho.

En ese momento, la cabeza de Ane empezó a tener una loca idea. Quizás si Paula y ella ayudan a Alicia a deshacer el hechizo ella con sus poderes mágicos las podría hacer volver a su casa.

Mañana hay una gran recepción-oyó hablar al chef- Vuelve nuestro rey del extranjero y vendrán la gente más importante del reino y los alrededores, así que hay que espabilar.

Entonces mañana seguro que viene el caballero, pensó Ane. ¡Es nuestra oportunidad de volver a casa!

Cuando el banquete hubo terminado y habían fregado todos los platos, Ane y Paula por fin pudieron comer algo, pero estaban tan cansadas que apenas comieron. Por suerte, les dejaron quedarse a dormir en una pequeña esquina de la cocina.

Tenemos que pensar en cómo nos podemos acercar a las princesas y al caballero para que Alicia les diga lo que hizo y que ellos la perdonen- pensó Ane.

En medio de la noche, Ane se despertó sobresaltada... ¡había tenido la mejor idea del mundo para conseguir su plan!

Por la mañana, bien temprano, Ane se puso a cocinar. Paula se despertó y frotándose los ojos le miró a Ane y le dijo:

¿Pero se puede saber qué estás haciendo? – mirando a su hermana incrédula- ¿Te ha dado un jamacuco?

Calla y ven a ayudarme- que voy mal de tiempo- le dijo Ane metiéndole prisa.

Cuando el chef llegó a la cocina vio a las dos hermanas cocinando. Cantando muy felices.

¿Pero cómo os atrevéis a cocinar en mi cocina? ¿Acaso sois chefs y yo no me he enterado? – les gritaba, lleno de ira.

Espere, señor- le dijo Paula- hemos inventado un nuevo plato que creemos que puede ser un éxito en la recepción de hoy.

Pruébela y me dice si le gusta, si no es así pues no sale el menú y listo. Además, si está bueno, puede decir que lo ha inventado Usted, nosotras no diremos que la receta es nuestra. ¿Le parece bien? – le dijo Ane acercándole un trozo del plato que habían hecho las dos hermanas.

Está bien- dijo el chef- total por probar, no pasa nada. Es verdad que hace mucho tiempo que no creo un nuevo palto y hoy la ocasión es la ideal.

Se metió en la boca un trozo de aquella cosa rara que habían hecho esas dos niñas. Al principio le extrañó la textura. Tenía trozos blandos y cremosos a la vez, desde luego tenía huevo, en eso no tenía ninguna duda. Era agradable comer aquel plato. Desde luego era un plato digno de una recepción real.

Una sonrisa de aprobación se dibujó en su cara. Definitivamente era un plato muy bueno y quería ponerlo en el menú.

Me habéis convencido, chicas. Pero tengo que saber cómo se cocina y el nombre de este delicioso plato – dijo el chef pensando en los elogios que recibiría por ese magnifico plato.

Por supuesto- le dijo Ane- pero me tiene que hacer un favor a cambio de la receta. Que yo presente en la recepción el plato y así poder hablar con las princesas.

De acuerdo- le contestó el chef- siempre y cuando me prometáis que no le daréis esta receta a nadie más.

Perfecto- le dijeron las dos hermanas a la vez- comencemos con la receta.

Cuando llegó la hora de la recepción, todo ya estaba preparado. A Ane y Paula les pusieron unos vestidos muy bonitos para que estuvieran muy elegantes delante del rey y todos sus invitados.

El chef subió de las cocinas con las dos niñas andando delante de él.

Tranquilas. El rey es un hombre muy simpático y agradable, le vais a caer muy bien- les dijo el chef intentando tranquilizar a las niñas que estaban muy nerviosas.

Yo no estoy nerviosa- decía Paula removiéndose- es este vestido que es incomodísimo, no sé cómo podéis estar con estas cosas todo el día, con lo cómodo que es un buen chándal.

El chef miró a la niña, pensando que a veces decían cosas muy raras que nadie entendía. "Serán cosas de jóvenes" pensó para sí mismo.

Subieron la larga escalera que llevaba hacia el gran comedor real.

Allí se encontraba el rey con sus dos hijas, un montón de personas le rodeaba y charlaba amistosamente con él. Todo eran risas y felicidad. Solo las princesas sonreían tímidamente cuando se dirigían a ellas.

En una esquina había otro grupo reducido. Había varias personas, pero la que más llamó la atención de Ane era un chico muy guapo. Era alto y tenía el pelo negro y rizado. Parecía simpático y tenía la misma tristeza en su mirada, la misma que la princesa Enola.

Debe ser el caballero, pensó Ane para sus adentros, tengo que intentar juntar a los tres como sea para poder aprovechar esta oportunidad.

En un momento dado el chef anunció que la cena estaba servida. Todos se dirigieron al comedor, Enola y Caspian se miraron levemente. Durante un momento parecía que en su mirada había amor, pero enseguida se convirtió en odio.

¿Qué hace este aquí? - preguntó Enola a su padre- sabes que le odio enormemente.

Es el hijo de unos amigos míos, Enola, ya lo sabes y hasta hace muy poco tú le querías con locura, ¿o te lo tengo que recordar?

Calla padre, que cosas dices, yo amar a ese señor. Parece que la guerra te ha afectado a la cabeza.

Una sombra de pena se puso en la cara del rey, no soportaba ver que su hija era desgraciada y que había conocido el amor y no entendía porque había dejado de amar a un hombre que la quería tanto.

Se sentaron a la mesa y comenzaron a servir la comida. Faisanes asados, viandas de países lejanos, vinos y todos los dulces que una persona pudiera imaginar. El festín era impresionante.

El rey hizo un gesto al chef para que se acercara y le preguntó en voz baja:

¿Has hecho algún plato especial para la ocasión? ¿O has hecho lo mismo de siempre? - preguntó el rey con ganas de probar cosas nuevas- hace tiempo que no pruebo ningún plato nuevo por tu parte.

Si Majestad- dijo el chef con orgullo- He preparado un nuevo plato en honor a su regreso. Estoy convencido que le va a gustar.

Hizo un gesto para que Ane y Paula pare que se acercaran. Ellas acudieron con un plato cada una.

Estas son mis nuevas ayudantes Majestad, pidieron traerle ellas mismas este nuevo plato. Me ayudaron a elaborarla, pero la receta es mía- dijo el chef mirando de reojo a Ane y Paula para que no se chivaran y dijeran la verdad.

Ane quitó la campana del plato y enseñó la comida al rey, que la miró extrañado. Acto seguido cogió su tenedor y tomó un trozo y lo metió en la boca.

En dos segundos, sus ojos se abrieron como dos platos y exclamó:

¡Es la mejor comida que he probado en mi vida! ¡Quisiera comerla todos los días! – dijo el rey con tremenda aprobación. - hijas tenéis que probar esta delicia.

La probarán Alteza- dijo Ane al rey, y en ese momento cambió su tono de voz- ¿no os habéis dado cuenta de que en el momento en el que la habéis comido su estado de ánimo ha cambiado, que estabais más feliz?

Si, es verdad- dijo el rey con intriga- por eso quiero que mis hijas la coman. Siempre están tristes.

Por eso mismo la deberían de comer Majestad- continuó Ane- pero alguien más de esta sala está muy triste y debería comer esta maravilla.

¿Quién es? ¿Quién está tan triste como mis hijas? – el rey sospechaba a quien se refería la niña, pero quería comprobarlo.

El caballero del pelo rizado- contestó Paula- ¿no ve en su mirada la misma sombra de tristeza que en sus hijas?

~~El rey miró a Caspian y se dio cuenta que tenían razón. Tenía la misma mirada que sus hijas.~~

Conocía a ese chico desde que era un niño y no podía pensar que era desgraciado.

De acuerdo- dijo el rey- que Caspian también coma este fantástico manjar.

Las dos princesas y Caspian se acercaron hacia Ane y Paula, las dos se pusieron muy nerviosas, era su oportunidad de regresar a casa y no la podían desaprovechar.

Princesa Enola, este plato puede que le cambien la vida por completo. Pero para que lo pruebe tiene que hacer una cosa, escuchar a su hermana, que quiere contarle una cosa.

Caballero Caspian, también tendrá que escuchar lo que la princesa Alicia tiene que decirle.

Princesa Alicia, ahora tiene la oportunidad de solucionar lo que hizo hace tiempo y quitar de su vida esa pena que les envuelve a los tres, sabemos que lleva pensando en cómo decirle a su hermana lo que pasó, este es el momento.

Enola y Caspian miraban a Alicia fijamente sin saber porqué esas niñas decían esas palabras.

Adelante, no tengas miedo hermana- dijo Enola con curiosidad.

De acuerdo- dijo Alicia- creo que es momento de hacerlo. Allá voy.

Alicia contó a todo el mundo lo que había hecho. No podía mirar a su hermana y a Caspian a la cara, se moría de la vergüenza.

Enola, se enfadó muchísimo. Empezó a llorar acusando a su hermana.

¿Cómo has podido hacerme algo así? – dijo llorando- ¿acaso no me quieres?

Lo siento muchísimo hermana- dijo Alicia, llorando también- estaba cegada y no pensaba más que en mí misma. Solo pensaba en mi felicidad y no en la tuya.

Pensad Alteza que su hermana la quiere muchísimo y, como dicen nuestros padres, la familia es lo más importante- dijo Ane.

La princesa Enola pensó en las palabras de Ane y dijo;

De acuerdo, te perdono. Siempre que me prometas que no volverás a hacer algo así y que siempre estaremos la una para la otra.

Ambas hermanas se abrazaron fuertemente. El caballero Caspian viendo el cariño de las hermanas también decidió perdonar a Alicia.

En ese momento la maldición se deshizo y Enola y Caspian se volvían a amar.

Prefiero tener al amor de mi hermana y el de Caspian a quedarme sola- dijo Alicia agradeciendo a las niñas por su ayuda- ahora vuelvo a ser feliz.

Ahora queremos probar ese plato que dice mi padre que está tan bueno... ¿Cómo se llama? - Dijeron.

Las hermanas se miraron y comenzaron a reírse:

¡Tortilla de patatas! Es un plato típico de donde somos- se reían las dos.

Las princesas comieron un trozo y les encantó.

Al de un rato, la princesa Alicia, apartó a las dos niñas a una esquina.

Muchas gracias por lo que habéis hecho, chicas. En agradecimiento podéis pedirme lo que queráis. No sé si sabéis que soy una bruja muy buena y puedo hacer casi cualquier cosa.

Pues sí hay una cosa que queremos, Alteza. Y es que nos devuelva a nuestra casa, por favor. Echamos de menos a nuestros padres.

De acuerdo, cerrar los ojos y cuando oigáis mis palabras daros de la mano y cuando los abráis habréis vuelto a casa.

Y la princesa comenzó a decir unas palabras que las dos hermanas no entendían, se cogieron de la mano y cuando los volvieron abrir... estaban en su habitación. Parecía que nada hubiera pasado.

Se oía la televisión y la radio de la abuela, la lluvia de la calle. Incluso tenían la misma ropa que cuando entraron al libro.

De repente, la abuela entró en la habitación y les dijo:

¿Qué pasa? ¿Estáis bien pequeñas?

Si abuela- le dijo Paula- estamos perfectamente, gracias.

La abuela se fijó en que estaban cogidas de la mano y una sonrisa se dibujó en su cara.

Me alegra que el libro os haya ayudado- dijo la abuela- a mi hermana y a mí también nos hizo queremos más. No os preocupéis, mañana lo llevo al librero a que lo cosa.

Las dos se miraron extrañadas, ¿Cómo podía saber la abuela que el libro se había roto?

Miraron el libro con detenimiento y se fijaron... el libro ya se había roto antes, y lo habían cosido.

Miraron a su abuela y ella les devolvió una mirada cómplice y una sonrisa.

Puede que...- comenzó Ane.

Déjalo – dijo Paula- no le des más vueltas. Vamos a la calle a jugar, que ha dejado de llover. Te quiero, hermana.

Yo también te quiero- le dijo Ane.

FIN

